



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPELEl Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 31 DE MARZO DE 2019

Olga de León / Carlos A Ponzio de León

Miradas a través de un prisma

TRIVIALIZANDO JERARQUÍAS
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Despertó el encono de sus amigos. Jerarquizaba todo en la vida: era su obsesión. Desmayaba cuando dos cosas no podían ser comparadas una junto a la otra: marcas de medicina, cepillos de dientes, cera para el cabello. Cuando viajaba, creía saber cuál sería la mejor gasolinera dónde detenerse para cargar combustible; cuando su auto se atoraba en el tráfico, intuía la mejor ruta.

Le era imposible no opinar sobre qué aerolínea era la más puntual y cuál la más barata, y por tanto podía determinar con qué compañía viajar de manera óptima, según el intercambio entre valor del tiempo y costo del pasaje. Incluso en evaluaciones subjetivas como la comparación entre el sabor dulzón de una manzana roja y el sabor ácido de una manzana verde, absolutamente podía emitir opinión sobre cuál era mejor. Conocía de memoria el precio de muchísimos artículos, y el del mismo bien según se vendía en distintas partes. Siempre tenía la prueba completa, la demostración más elegante, la conclusión más lógica.

Pero no valoraba la intuición, y cuando se trataba de dar una opinión sobre la apreciación estética de una obra de arte, creía poseer la verdad absoluta. No se daba una pausa para pensarlo dos veces: que a uno le podía parecer bello cierto objeto, y a alguien más, no. Para él, en definitiva, uno de los dos estaría equivocado. No toleraba el subjetivismo.

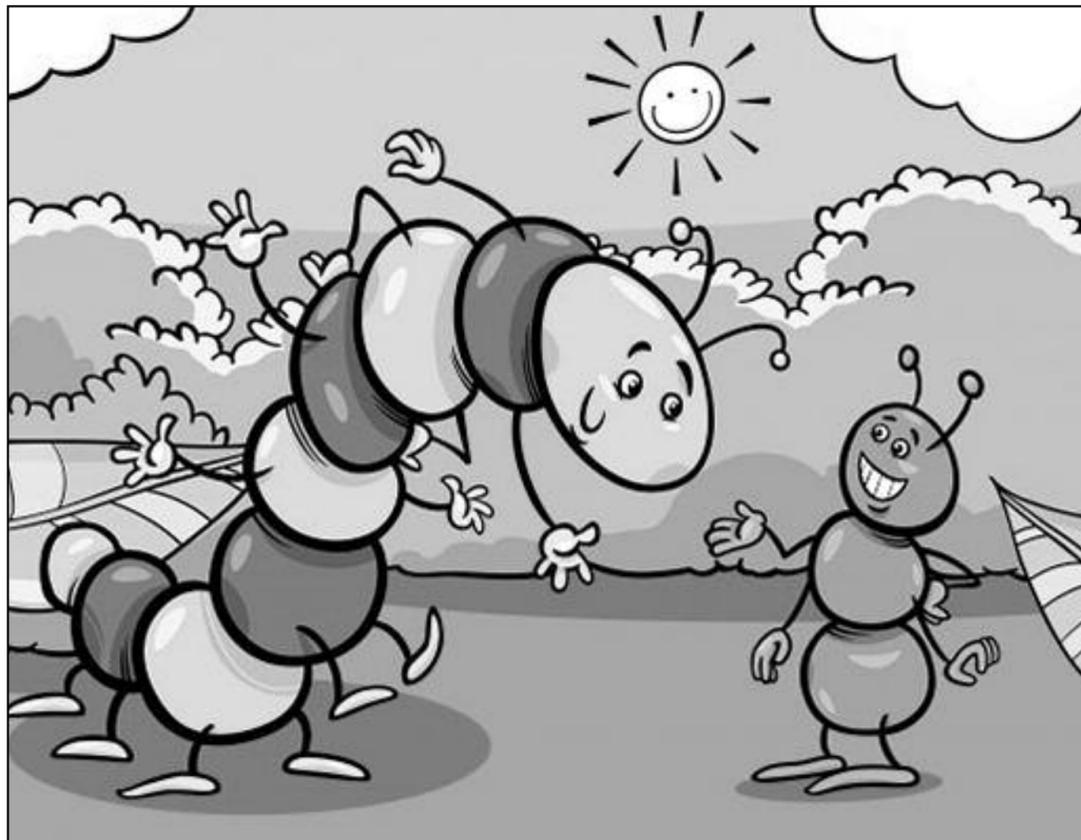
Sus amigos lo soportaban cada vez menos, y para ellos, sus opiniones ya alcanzaban el grado de lo ridículo. El asunto llegó al extremo cuando uno lo retó, le propuso en una reunión jerarquizar a sus amigos. Él ya tenía una respuesta.

Paquito era el de menor importancia, por feo, no obstante que contaba con una hermana muy guapa. Luisito era el siguiente, siempre hacía reír al grupo. Tomasito, que organizaba las reuniones con cervezas y pagaba las carnes asadas, ocupaba el peldaño arriba. Robertito, que todo mundo lo consideraba casi un hermano del susodicho, era el siguiente, pero no estaba en la cima. Hasta arriba se encontraba Memito, quien era el de los mejores contactos en el grupo.

Ese día que pormenorizó la jerarquía entre sus amigos, lo odiaron. Lo había hecho con una soltura y una quiromancia tan suave que sus dedos bailaban en el aire. "Así somos los seres humanos", les dijo, "jerarquizamos". ¿Dónde había aprendido a hacer eso? Desnudaba hasta el alma mejor cubierta, le quitaba el abrigo y la congelaba.

Hasta que un día, reflexionando sobre el amor familiar, se sintió el menos querido de los hermanos. No pudo evitarlo; enfrentó a sus padres y le preguntó a cada uno, ¿quién era su hijo menos querido. "¡Ninguno!", respondieron ellos, "a todos los queremos por igual". Pero él no les creyó. Insistió, sin obtener una respuesta distinta. Así es que fue incisivo, los señaló con el dedo índice mientras exigía nuevamente respuesta. No la obtuvo y esta vez se dio por vencido. A los pocos días entró en crisis. Buscó terapia.

No encontró respuesta a su interrogante familiar, pero pudo explorar su necesidad de jerarquizar. Detrás de ello encontró su egocentrismo. Le fue difícil aceptarlo, pero finalmente lo hizo. Y una vez que lo entendió, comenzó a recono-



cer otros puntos de vista, a ver en cada ser humano: un arcoiris de opiniones, un inmenso bosque con distintos tipos de árboles, a la humanidad entera propicia y amigable.

Desde entonces, camina con serenidad por el mundo, con la certeza de que la suya, tan solo es una opinión más.

MUNDO DE REINAS Y FEOS
OLGA DE LEÓN

No recordaba cuándo fue la última vez que discutieron por algo baladí, ni cuánto tiempo duraron sin dirigirse la palabra. Pero esta vez, ella estaba decidida a romper con el abejorro. En realidad ni el saludo se daban ya, pues cada cual buscaba diferente ruta para no encontrarse en el camino, fueran a donde sea que fueran. Esa mañana, la hormiguita se levantó primero que el resto de las hermanas que habitaban en la misma colonia. Se acicaló un poco, se caló sus lentes de sol, tomó el paraguas, la billetera y la bolsa del mandado, y salió en busca de los viveres para la semana. Había escuchado que se avecinaba una fuerte tormenta y que quizás vendría acompañada de tolvaneras y lo que sea que el fuerte viento levantara de paso.

- ¿A dónde vas tan guapa y de prisa, hermosa hormiga? - La abordó

con esa pregunta una atrevida oruga macho. Justo otro de los que ella no deseaba encontrarse. Quería romper con esas relaciones que nunca la habían satisfecho del todo, y que ni siquiera estaba segura de tenerlo por amigo, pues el gusano solo sabía arrastrarse y salirle con chistes fuera de lugar que jamás la hacían reír, ¡vaya!, la hormiguita ni siquiera esbozaba una leve sonrisa.

- A donde tú no irás (renegrido, feo y peludo espécimen, -pensó para sí).

- Con firmeza le contestó la hormiguita; - a quien nunca antes se la había escuchado hablar así con nadie; ni ante seres realmente agresivos, ni para ofender a un animalito, por más malo o

feo que fuera de todos los que por el mundo andan. ...Sin que ellos se den cuenta de que su fealdad ofende o su maldad daña.

- ¡Usted perdone!, su graciosa majestad, doña princesa hormiguita colorada.

- Respondió irónico el gusano peludo, aguantando de no dejar ver su grande sonrisa dibujada bajo los bigotes.

- La hormiguita prestó oídos sordos y siguió su camino. No, realmente no quería volver a enojarse, ni derramar bilis tan temprano. En eso, sucede que a poco de continuar con su recorrido, el viento empezó a soplar más fuerte, y la hormiguita sintió temor de ser levantada en vilo, era tan delgada y pesaba tan poco... En eso, vio que se aproximaba hacia ella un enjambre de abejas o avispa, que volaban por lo bajo, quizás para que el viento no las dispersara y las arrojara lejos.

- ¡No puede ser!, exclamó quedamente, no dejaré que el abejorro venga a salvarme de esta tolvanera, para que luego presuma ante todos que me salvó el pellejo. Entonces, tuvo una gran idea: escarbó rápidamente bajo sus patitas, y con todo y bolsa del mandado, lentes de sol y sombrilla, se escondió bajo la tierra.

- Hormiguita, hermana hormiga colorada, dónde estás. - Escuchó claramente la voz del abejorro que había alcanzado a verla y se lanzó en su auxilio.

- La hormiguita ni se movió, siguió escondida entre tierra y yerba, esperando a que el gusano y el abejorro se alejaran. Para cuando decidió salir, la tormenta había pasado y aquellos a quienes ella no quería volver a encontrarse, ya tampoco estaban allí.

- Pero, dónde estoy (musitó). Qué lugar es este, que no lo reconozco.

Y, ciertamente, no estaba cerca de la salida de su hormiguero ni del supermercado a donde ella pensaba ir, para comprar viveres.

- No pasó mucho, cuando la hormi-

guita se percató de que aún está en la cama, boca abajo, tapada con su sabanita blanca, y que recién va despertándose. Había tenido un extraño sueño.

- Varias lecciones aprendió en ese transe onírico, las cuales a la vez se derivaban de una: ¡no adelantar visperas, ni juzgar precipitadamente a los demás! Y aprendió además, que no debía permanecer ni un día enojada con alguien que, más bien que mal, le había causado en su vida; por último, que a nadie debía despreciar por feo o peludo, pues nunca sabría cuándo, un ser así estaría dispuesto a salvarla de cualquier peligro, aunque en el intento le fuera la vida propia.

LA PARADOJA DE BERTRAND RUSSELL
OLGA DE LEÓN

"Nadie tenemos la vida asegurada". ¡Qué frase más trillada! Miles, millones de veces la podemos escuchar en este andar por el mundo. Es una verdad sabida, es como una tautología: A igual a A. Bertrand Russell tuvo la osadía de burlarse de la inferencia y su certeza elevada a la categoría de lo universal, invirtiendo la prueba, para llevarla al terreno de lo particular, desde la Lógica, con su carácter de universal. Si pretendemos probar que realmente todos los hombres son mortales, decía Russell, habrá que tomar un revólver e ir por el mundo matándolos a todos... ¡Ah!, pero queda uno, "yo", o quien hubiese aplicado la teoría en la práctica... Entonces, será necesario que "yo" o el hombre en cuestión se suiciden, se maten, para probar que "Todos los hombres son mortales". Bien, solo queda un detallito. Si ya no hay un solo hombre vivo, entonces, ¿quién podrá probar que todos los hombres son mortales? Nadie, naturalmente. No, a través del sarcasmo lógico de Russell. Así son algunos filósofos y genios, pueden burlarse cuando alguien presume de tener en su poder, la verdad absoluta.



Octavio Paz

A 105 años de su nacimiento que se conmemora este 31 de marzo, el poeta, diplomático y ensayista mexicano Octavio Paz es recordado por ser ganador del Premio Nobel de Literatura y considerado máximo representante de las letras mexicanas por obras como "El laberinto de la soledad".

Nacido el 31 de marzo de 1914 en la Ciudad de México, Paz es uno de los literatos más completos, porque destacó en una extensa rama de estilos literarios, que van desde la poesía, novela, traducciones y sobre todo el ensayo, sin cuyos títulos no se comprendería el siglo XX mexicano, y en el que destaca "El ogro filantrópico".

Paz falleció el 19 de abril de 1998 en la capital mexicana, pero su obra está en manos de las nuevas generaciones, quienes renovarán su valor y pertinencia.

Gracias a la extensa biblioteca de su abuelo, Paz tuvo un temprano contacto con la literatura, ya que su padre era un periodista político junto a otros intelectuales progresistas.

Comenzó a escribir a muy temprana edad, en 1937 realizó un viaje a Valencia, España, para participar en el II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas.

Un año más tarde, fue fundador de la revista "Taller", que marcó el surgimiento de una nueva generación de escritores en México, así como una nueva sensibilidad literaria, a los 17 años de edad publicó su primer poema en la revista "Barandal", de acuerdo con el sitio "cervantes.es".

Para adentrarse más en la poesía modernista Anglo-Americana, en 1943 viajó a los Estados Unidos con la beca Guggenheim; al realizar un viaje a España, entabla relaciones con intelectuales de la república española y Pablo Neruda (1904-1973), que le sirvieron de influencia en su poesía.

Años más tarde, se incorporó al servicio diplomático mexicano, fue enviado a Francia, en donde escribió "El laberinto de la soledad", un estudio fundamental a cerca de la identidad mexicana, además de que participó en varias actividades y publicaciones surrealistas.

En la década de los 50, publica los libros "Libertad bajo palabra" (1949), "El laberinto de la soledad" (1950), retrato de la sociedad mexicana, "¿Águila o sol?" (1951), libro de prosa de influencia surrealista y "El arco y la lira" (1956).

Fue designado en 1962 embajador de la India, un acontecimiento importante en el trabajo del poeta, reflejado en los múltiples libros que escribió durante su estancia en la región, especialmente en "La gramática del mono" y "La cuesta del este", de acuerdo con el portal "nobel-prize.org".

Octavio Paz se dedicó su trabajo como escritor y editor, y además de que fundó dos revistas importantes dedicadas a las artes y a la política "Plural" (1971-1976) y "Vuelta" (1976-1998), la mayoría de sus obras poéticas, se componen de poemas y obras escritas en sus primeros años como escritor.

A grandes rasgos, su obra poética se divide en tres fases: el autor pretendía penetrar a través de la palabra, encontrar la tradición surrealista antes de encontrar un nuevo impulso en el contacto con lo oriental y darle prioridad a la alianza entre erotismo y conocimiento.

ad pedem literae

"Ayuda a tus semejantes a levantar su carga, pero no te consideres obligado a llevársela."

Pitágoras de Samos

Letras de
buen humor

"Uno debería estar siempre enamorado. Por eso jamás deberíamos casarnos."

Oscar Wilde

Joana Bonet

Señora Derecha

O es fenomenal, estupendo y bárbaro, o es lo peor de lo peor. La cara lavada con jabón de avena, la compra en Mercadona con shopping bag imitación de Goyard o Hermès, encargados a un subsahariano en Marbella: "Es un chaval muy majo, ¿eh? Un moreno. Se lo pides, y a los tres días te lo trae envuelto a la playa... pero todo secreto, ¿eh? ¡Parece que estés comprando droga!" (señora sonriente con un ejemplar falso de Birkin en la calle Corazón de María). El despilfarro siempre ha sido algo de muy mal gusto entre las familias bien, aunque muchas votantes del PP que moran en el norte de Madrid sacan cada invierno los visones a pasear. Eso sí, cada vez más precavidas para que no se los rocién con spray.

Sus hijas treintañeras son más discretas, con sus coletas flojas y sus Converse All Star, pero no esconden un permanente mohín de fastidio. Trajinan con dos, tres hijos, la familia entendida como estatus, los días cortos, las noches largas.

En su casa les enseñaron que "ser de derechas es más majo que las pesetas", y han ido aceptando la diversidad a golpe de conveniencia —o exotismo—, pero siguen convencidos de perpetuar el cruce endogámico de buenos apellidos. Hay chicas de derechas chisposas, lironas, o incluso avinagradas que un día se quitan una piel acorchada, se convierten en artistas, se casan con otra mujer y les cambia el riectus.

En los partidos de derechas arrasan las mujeres alfa, aunque en ninguno de ellos exista paridad, porque rechazan el sistema de cuotas. Las hay que sostienen que si no hay más jefas es porque a las mujeres biológicamente les va más el perfil bajo. En el patrón de corte, no son inseguras, ni les persigue el síndrome de la impostora, tampoco acusan la brecha laboral, ni se quejan por los equilibrios de la conciliación, y afirman que nunca han sido mandadas por ellos. Y que mucho menos lo serán por una pandilla de feministas vergonzosas. Ignoro qué



quieren demostrar con su rechazo a los movimientos igualitarios que, en apenas dos años, han creado más conciencia y bibliografía que nunca. ¿Que están más dotadas que el resto? ¿Que a ellas siempre las han tratado como personas, más allá de su condición sexual?

No saben cuánto celebro que no hayan padecido violencias ni maledicencias, que cobren igual o más que ellos, que no

sean estigmatizadas —y despedidas— por reducir su jornada laboral, que se hayan repartido la crianza y la educación de sus hijos con sus parejas, y que sobre ellas no hayan caído rayos y truenos obligándolas a postergar sus sueños.

Con todo, no deberían desentenderse de aquellas que aún van en el furgón de cola, porque si no, ¿qué sentido tiene su liderazgo?